

Argentinidad y europeísmo en Ortega: dos miradas complementarias

Béatrice Fonck

Resumen

El empleo de los neologismos "argentinidad" y "europeísmo" respecto al pensamiento orteguiano significa principalmente evocar el interés nunca desmentido del filósofo por el destino de ambas entidades. Dentro del contexto histórico de la primera mitad del siglo XX, sus análisis respectivos sobre Europa y Argentina se enriquecen y complementan mutuamente para desembocar en una visión universalista del ámbito occidental.

Palabras clave

Ortega y Gasset, argentinidad, europeísmo, contexto histórico, complementariedad, visión universalista

Abstract

The use of the neologisms "argentinity" and "europeism" about the thought of Ortega consists mainly in emphasizing the particular interest of the philosopher for the definition of these two entities. In the historic context of the first half of the twentieth century, his respective analysis of Europe and Argentina are complementary and grow rich mutually to end in internationalist vision of the western space.

Keywords

Ortega y Gasset, argentinity, europeism, historic context, complementary analysis, universal vision

El tema propuesto aquí rebasa los límites de un artículo ya que abarca cuestiones particularmente recurrentes y fundamentales en la obra orteguiana sobre el futuro de Argentina y el de Europa, ambos relacionados con el porvenir español, de modo que quisiera primero evocar algunas consideraciones generales sobre las relaciones entre la filosofía orteguiana y la problemática identitaria de dichos países y luego centrarme en tres aspectos reveladores de cómo se complementan y enriquecen mutuamente los pensamientos del filósofo sobre la argentinidad y el europeísmo a partir de su propia experiencia española. Si, como se suele afirmar, la preocupación de Ortega por el destino de España fue el mayor incentivo de su obra, esta no deja de encajarse en una universalidad del pensamiento tal como lo proclama en *Meditaciones del Quijote*:

En la anchura del orbe, en medio de las razas innumerables, perdida entre el ayer ilimitado y el mañana sin fin, bajo la frialdad inmensa y cósmica del

Cómo citar este artículo:

Fonck, B. (2014). Argentinidad y europeísmo en Ortega: dos miradas complementarias. *Revista de Estudios Ortegaianos*, (29), 115-130.
<https://doi.org/10.63487/reo.372>

Revista de
Estudios Ortegaianos
Nº 29. 2014
noviembre-abril



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

parpadeo astral ¿qué es esta España, este promontorio espiritual de Europa, esta como proa del alma continental?¹

Así es como en su primera obra publicada, Ortega relaciona su vocación filosófica con la problemática identitaria española, la cual, a su modo de ver, se entremete tanto en su pasado europeo como en su pasado americano.

Es decir que, muy temprano, plantea la problemática identitaria española desde una perspectiva dual cuyos planes históricos se complementan ineludiblemente a partir de la época moderna. De hecho, el lema de su filosofía: “Yo soy yo y mi circunstancia, si no la salvo a ella no me salvo yo”, implica un concepto dual de la realidad que repercute en sus análisis sobre temas sociológicos tales como la argentinidad y el europeísmo: “la unidad nacional es la unidad, cuando menos, de una dualidad”².

He aquí la primera dificultad encontrada, ya que estos dualismos identitarios son inestables debido a la circunstancia política de la entidad considerada: el concepto de argentinidad de Fernando de Rojas en 1913 es distinto del de Borges en 1940, el europeísmo de Ortega en 1909 no es el de 1940. Es decir que nuestro propósito requiere una contextualización. Y, debido a la cantidad de escritos dedicados directa o indirectamente a Argentina y América, así como a Europa, nos limitaremos al corpus de los primeros artículos de *La Nación* de Buenos Aires en 1911 hasta los de 1940, es decir, hasta su última estancia en la capital argentina. En efecto, el conjunto de sus escritos a partir de 1911 y, sobre todo, entre 1916 y 1940 refleja una progresiva implicación orteguiana en el porvenir argentino respaldada por el desenredo de la crisis europea pues, evidentemente, las fechas aludidas anteriormente abarcan el conjunto de los acontecimientos más demoledores de la primera mitad del siglo XX en Europa.

He tratado en otro lugar³ del reto europeo de Ortega expresado en su precoz toma de conciencia de los problemas europeos así como de su repercusión planetaria hacia América. Antes de la Primera Guerra Mundial, el joven Ortega ya está enjuiciando la desunión europea desde un puesto de observación argentino, el periódico *La Prensa*.

Es curioso notar que después de su polémica con Unamuno en 1909 sobre Europa, y mientras Francia y Alemania negocian con recelo el reparto de los

¹ *Obras completas*. Madrid: Taurus / Fundación José Ortega y Gasset, 2010, tomo I, p.791. En lo sucesivo las referencias a esta edición se identificarán mediante el tomo en números romanos y el número de páginas en arábigos.

² VI, 129.

³ Béatrice FONCK, “El reto europeo de Ortega”, en José LASAGA MEDINA (ed.), *El Madrid de José Ortega y Gasset*. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales / Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006, pp. 353-365.

espacios coloniales en África, el prisma americano a través del cual mira a Europa desdobra sus ilusiones de unión europea: “Esa Europa mejor a la que aspiramos no puede ser por lo pronto sino América”. Piensa que Sudamérica constituye una matriz de la que emerge el hombre nuevo que también debería surgir en Europa. Al comparar la diversidad étnica de nacionalidades del continente americano con la diversidad europea en plena ebullición, su preocupación por la búsqueda de un factor unitario europeo es patente:

¿Cómo es posible reducir las razas heterogéneas a un denominador común? [...] A los ojos salta la necesidad de superar las formas diferenciales que constituyen las culturas particulares, francesa, italiana, española, salvarse de esta confusión de pretensiones análogas y fijar con inequívoca fórmula la cultura esencial, la única verdadera⁴.

Paralelamente, emite unas alegaciones sobre el impacto de lo económico sobre la desintegración europea. Opina que el capitalismo practicado en Estados Unidos y Europa nivela la diversidad europea y afirma que solo los valores inspirados de la cultura griega son susceptibles de alimentar la convivencia europea y suramericana.

En aquellas fechas ya tiene Ortega una visión planetaria de los problemas europeos a los cuales une primeramente los de la América Latina, y más precisamente de Argentina, donde el fenómeno de la incorporación migratoria europea constituye una rápida asimilación de masas heterogéneas y necesita una estructura estatal eficaz para su reabsorción. En 1911, ya se percata Ortega de la existencia de un fenómeno identitario de integración de índole europea que forma una especie de crisol experimental cuyas experiencias sociales interpe-
lan su pensamiento alerta.

Pero lo que en 1911 resulta de unas especulaciones librescas, se convierte en un enjuiciamiento “carnal” a partir de sus viajes a la Argentina. Sus escritos reflejan una dinámica convergente entre su visión de la Argentina, su visión de América Latina y su visión de Europa, tanto como para dar corporeidad a una hermandad fraternal:

Sólo una idea me tranquiliza: la de que sirva mi figura de transeúnte para que esta Cámara dé un apretón de manos a una España afanosa y renaciente, que, dotada de una novísima energía, vuelve a estos países de que fue madre con un gesto distinto y más joven, de hermana mayor⁵.

⁴ “Problemas culturales”, I, 471.

⁵ “Discurso en el Parlamento chileno”, IV, 228.

En otro lugar también habla de “temperamento común” para subrayar la comunidad cultural de ambos continentes. Son de sobra conocidos los comentarios del filósofo sobre su deuda con Argentina y hay que saludar el inmenso trabajo efectuado por Marta Campomar que recopila y subraya la importancia que el filósofo atribuía a la definición y a la plasmación de la argentinidad a lo largo de sus tres estancias en el país, cuando afirma que “el espíritu inquieto de Ortega comprende rápidamente que las cuestiones de etnicidad de culturas entrelazadas en la cultura europea eran, para el sudamericano, ávido de desentrañar sus problemas de identidad, temas de sumo interés”⁶.

Pero al mismo tiempo el filósofo considera que, como europeo, necesita de la Argentina para regenerarse, “para buscar lo otro que la Sorbonne [...]. Venir acá es para nosotros europeos una etapa de sanatorio, es un baño mágico, una inmersión en una esencia como eléctrica, que, al menos a mí y compadezco al europeo lo bastante torpe para no saber sentirlo, que al menos a mí, me renueva, me hace retoñar, me regala primaveras, me poda decrepitudes y me instaure en vida nueva”⁷.

De modo que, mientras el meditador amplía sus conocimientos sociológicos acerca de un mundo ajeno y próximo, a la vez por su herencia europea, el pedagogo reformista que es, se propone ofrecer a sus lectores argentinos una vía de reflexión: “pasó una parte de su vida entre los argentinos rescatando los hilos imperceptibles de su vitalidad histórica”⁸. De hecho no solo dispensa conferencias y cursos en la universidad argentina e institutos culturales, sino que fomenta toda una política editorial impulsando la creación de revistas como *Sur*, manteniendo diálogos con *Valoraciones*, *Inicial* y *Nosotros*, favoreciendo la edición de libros en Espasa Calpe y, sobre todo, publicando numerosos artículos en *La Prensa* y en *La Nación*. El público argentino se beneficia a menudo de la antelación publicista de muchas obras suyas tanto con motivo de sus cursos como de sus artículos en la prensa bonaerense. Así ocurre con “La rebelión de las masas”, “Ensimismamiento y alteración”, “En torno a Galileo”, “Sobre la razón histórica” o “El hombre y la gente”, entre otras⁹. Los tomos VII, VIII, IX y X de las *Obras completas*, dedicados a la obra póstuma del filósofo en las cuales aparecen las conferencias dadas en Argentina, evidencian la

⁶ Ortega en la curva histórica de la Institución Cultural Española. Madrid: Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset, 2009, p. 189.

⁷ “Meditación del pueblo joven”, IX, 273.

⁸ Marta CAMPOMAR, ob. cit., p. 55.

⁹ La versión previa del manifiesto de la Agrupación al Servicio de la República fue publicada el 19-1-1931 en *La Nación* de Buenos Aires, casi un mes antes de aparecer en *El Sol* (10-2-1931).

interpenetración de las problemáticas argentinas y europeas en Ortega¹⁰. De modo que frente a tan amplia documentación, solo esbozaré tres aspectos sobre el tema: la solidaridad generacional de las juventudes argentinas y europeas, la compenetración de los dualismos identitarios argentinos y europeos y el ensimismamiento y búsqueda histórica como salvaciones comunes a la crisis occidental.

Solidaridad generacional de las juventudes

Antes de 1916, Ortega había empezado una reforma de la enseñanza de la filosofía en la universidad española porque sus estudios en Alemania le habían convencido de que ya estaba caduca la filosofía dominante en Europa, el positivismo, y no correspondía a las nuevas aspiraciones de la juventud desorientada por el mundo mecanizado, industrializado y materialista. De modo que el europeísmo orteguiano como curación de los problemas españoles se transforma poco a poco en la plasmación de los límites políticos, culturales y morales de la Europa del “novecentismo”.

En la conferencia pronunciada en el teatro Odeón de Buenos Aires para el público de la revista *Nosotros*, rescata el nacimiento de una nueva sensibilidad, incita a la juventud argentina a abandonar el pesimismo, el escepticismo y la propensión utilitaria preconizada por el ideario positivista del siglo XIX e, incluso, les invita a rechazar el intelectualismo de la cultura francesa que sufre un “transitorio decaimiento”, para afirmar su dinamismo creador, su entusiasmo y su encendimiento por fuertes ideales nobles. El éxito de sus conferencias le permite actuar como en la universidad española y convencerse de la oportunidad de su misión educativa en los dos ámbitos. En efecto, en mayo de 1918, saluda la reforma universitaria argentina y comunica a Julio Noé su programa:

No existe tal vez una sola página honrada y clara donde halle el europeo definidas las diferencias entre la vida argentina y la vida europea. Norteamérica se ha pensado a sí misma y se ha aclarado ante Europa. Argentina hereda en esto la incapacidad española para la conceptualización, acaso no se ha pensado a sí misma, no se ha dicho a los demás. La Argentina es todavía un trazo de realidad indómita al concepto: le ha faltado el logos que consagra. He aquí una admirable tarea para mí¹¹.

¹⁰ El índice bibliográfico de las mismas registra todas las variantes entre el texto editado, los artículos de *La Nación* y los manuscritos. Algunas variaciones son muy reveladoras en este aspecto.

¹¹ Marta CAMPOMAR, ob. cit., p. 220.

Esta implicación personal tanto en la búsqueda de datos como en el proyecto pedagógico de filosofía revela un verdadero deseo de integración cultural tomando en cuenta todos los parámetros socioculturales argentinos. Se percata de que Argentina y Latinoamérica tienen que definir su identidad no solo en relación con España sino también en relación a su posición ante el lema de la doctrina de Monroe, cuando en lo cultural siguen mirando hacia Europa y sobre todo a Francia.

Pero después de la guerra del 14, de cara al inexorable ascenso norteamericano, opina que no solo Argentina tiene que definirse sino también Europa tiene que «reinventarse» si no quiere verse desplazada del centro de la civilización occidental. De ahí que, según Ortega, la solución europea para resolver el problema de España defendida en 1909 se ve modificada por la propia cuestión identitaria europea, cuya crisis, a su modo de ver, es principalmente moral y filosófica. En efecto, a partir del final de la Primera Guerra Mundial, y, más aún, durante y después de la Segunda, el problema fundamental para él es saber si, en el patrimonio espiritual europeo, se mantiene algo que tenga otro criterio distinto al de la potencia, la rentabilidad o la eficacia técnica, algo que no haya sido desacreditado definitivamente por las catástrofes del siglo XX, algo que pudiera constituir una herencia cultural universalista.

Intuye esto ya en 1916 cuando incita a los jóvenes argentinos a unirse a la empresa de los jóvenes españoles de su generación. Insiste en que la filosofía ha de superar el positivismo para aclarar ideas sobre la vida, la nacionalidad y recuperar la conciencia del clasicismo renovado. A este respecto la vitalidad juvenil argentina le ha impresionado y cree que puede convertirse en un resorte ejemplar para la Europa deprimida, en particular desde el punto de vista político. Entonces es cuando entabla un diálogo público activo en la prensa argentina y española con la juventud argentina a quien asocia a su proyecto de reforma generacional.

Así es como esta primera experiencia argentina le revela lo que José Luis Molinuevo ha llamado “la otra cara latina de la modernidad, la modernidad alternativa” a la cual no solo quiere contribuir con su acción cultural hacia Argentina, sino que necesita de su experiencia de joven nación para rejuvenecer una Europa deprimida como le confía a Vergara Viedma en 1918:

Tras la guerra, [...] hecha la democracia único poder regente de las almas europeas, perderán éstas toda impulsividad histórica. A mi modo de ver, el dato más importante para la previsión del porvenir es notar que en Europa la democracia es sentida como un deber y no como un impulso. Ahora bien en

América la democracia tiene una dinamicidad motora pareja a la que durante siglos tuvo en nuestro continente la idea de Imperio¹².

Nada más regresar a España en 1917 pronuncia unas palabras en Sevilla sobre la vitalidad política ejemplar de un pueblo que “en todo lo esencialmente público ha logrado una sobrada plenitud, cuyos órganos de racionalidad funcionan, [...] yo he creído ver en el criollo una extraña seriedad política que anuncia en él capacidades imperativas”¹³.

Así es como después de la Primera Guerra Mundial, Ortega va percibiendo de modo cada vez más agudo el sentimiento de crisis moral de la civilización occidental, en la que incluye la crisis española, sin dejar de tener en mente el recuerdo ilusionado de su primera experiencia argentina.

Compenetración de los paralelismos argentinos y europeos frente a la crisis

En adelante, su problemática descansa en una doble pregunta: saber si la desmoralización europea, la falta de proyectos, la mengua de resortes vitales, significa la desviación de la impulsividad histórica desde Europa hacia América, y si, al mismo tiempo, va a ignorarse la forma de vida norteamericana tanto en Europa como en Argentina. La cuestión es tanto más aguda para él cuanto que su visión unitaria de la nación argentina contrasta con las divisiones y recelos que aparecen progresivamente entre las naciones del Viejo Continente. Desde este punto de vista los argentinos le inspiran un modelo para Europa ya que, a pesar de mezclarse muchas razas y nacionalidades, tienen una Constitución común, un Estado venerado, una prosperidad económica y además la posibilidad de realizar una unión americana conforme a las premisas del panamericanismo inspirado por Estados Unidos, a los cuales podrían servir de contrapeso.

Pero con la evolución de la coyuntura europea, el auge del fascismo y del nazismo y el ascenso progresivo de Estados Unidos, se percata de que no solo la omnipotencia del Estado en Europa llega a ser un peligro para la iniciativa individual, sino que acelera el fenómeno de aparición del hombre-masa y la degeneración del ideal democrático destronado por la fascinación hacia el modelo consumista norteamericano. Todos estos temas son objeto de los primeros capítulos de *La rebelión de las masas* cuya redacción es el resultado de su expe-

¹² *Ibid.*, p. 222.

¹³ VII, 673.

riencia argentina y europea¹⁴, está escrita, proferida y pensada en dos ámbitos geográficos a la vez –España y Argentina–, así como en dos contextos políticos de crisis que anteceden cambios de régimen: la caída de la monarquía en España y la caída de Yrigoyen en Argentina, o sea, situaciones políticas complejas que apuntan paralelismos políticos y sociales significativos del malestar occidental. Entonces es cuando el filósofo apuesta por un proyecto europeo unitario, los Estados Unidos de Europa, una *supernación* capaz de asumir un dualismo interno benéfico renovado con su ejemplaridad histórica y cultural. De hecho, a partir de los años treinta, después de su segunda estancia en Argentina, y con la llegada de la crisis de Wall Street de 1929, Ortega integra progresivamente la problemática argentina en la problemática europea.

Al denunciar la desmoralización europea, el filósofo plantea la cuestión de la argentinidad como inacabada identidad en “El hombre a la defensiva” cuya redacción es contemporánea a la redacción de los últimos capítulos de *La rebelión de las masas*. A su modo de ver, Argentina no acaba de realizar una integración cultural entre lo nativo y lo colonial, entre el sentirse europeo y dejarse seducir por la promesa emancipadora de la cultura anglosajona amplificada por sus vínculos económicos con la Inglaterra en aquella época. Con este motivo, su análisis del hombre argentino se acerca a su intimidad como si se acercara a la suya propia: “con sorpresa he advertido que en esta ciudad tan áspera que se llama Buenos Aires o en sus informes alrededores se estremecía una raíz de mí mismo, ignorada por mí, de la cual no crece ni ha crecido nunca mi vida real, sino que es como una ideal raíz de que brotase no sé bien qué posible vida criolla, no vivida, claro está por mí...”¹⁵. Esta continuidad compartida con el pueblo argentino le otorga el derecho a tratar el tema de la reforma moral de Argentina.

Saluda su formidable crecimiento económico, su ímpetu, su organización estatal, su “alta idea de sí” y su ambición hacia el futuro, pero denuncia su narcisismo, su falta de vocación profesional, su apego a lo convencional causado principalmente por su “histórica indigestión”, es decir, el flujo incesante de inmigrantes, hombres de factoría, materialistas y codiciosos. Estos recién llegados crean una situación dual en la sociedad argentina que repercute en el dualismo del alma individual. Ortega comprende perfectamente el comportamiento sociológico de los argentinos, unos considerándose como ciudadanos

¹⁴ Algunos capítulos de esta obra son compendio de sus conferencias de Buenos Aires. Otros, redactados en España, son publicados a la vez en *El Sol* de Madrid y *La Nación* de Buenos Aires. Véase sobre el tema José Luis MOLINUEVO, “Introducción”, en José ORTEGA Y GASSET, *Meditación de nuestro tiempo. Las conferencias de Buenos Aires, 1916 y 1928*, ed. de José Luis MOLINUEVO. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España, 1996.

¹⁵ II, 729.

autóctonos y otros como “hombres de factoría” cuando pretenden galvanizar el progreso y dar “por cumplidas ya todas las grandezas de su futuro”. Explica el narcisismo y la falta de intimidad del guarango como la manifestación de su vitalidad y de su petulancia juvenil porque, a su modo de ver, constituye un resorte histórico fruto de un “ardiente lirismo vital” donde la “audacia es la forma cotidiana del trato”. En definitiva es un resorte primigenio, una fe ciega que

da por cumplidos ya todas las grandezas de su futuro y, sintiéndose miembro de él, apunta a su persona privada la gloria de este porvenir colectivo como un presente: la idea de la nación actúa desde luego en el alma individual formando uno de sus ejes, por lo mismo inseparable de él. En su más íntimo ser cada individuo vive radicalmente de la idea de la colectividad [...], lo cual asegura a este pueblo un género de patriotismo que difícilmente comprendemos los europeos¹⁶.

Por cierto esta “proyección en lo perfecto” no preserva al argentino del peligro que su narcisismo opera sobre su intimidad la cual, según Ortega, llega a paralizarse para reducirse a la “fruición de sí mismo” amplificada por la fascinación de una sociedad consumista. Entonces la cuestión fundamental para el filósofo es saber si un pueblo como el argentino, dotado de los resortes necesarios para llegar a ser nación —en el sentido definido simultáneamente en la segunda parte de *La rebelión de las masas*: una nación *in statu nascendi*— no va a caer bajo la fascinación de un mundo mecanizado y materialista como el de Estados Unidos. Es decir que después de su segundo viaje a Argentina y de la caída del presidente Yrigoyen, reemplazado por militares, Ortega está transponiendo sobre el futuro argentino su interrogación sobre Europa, intentando suscitar una dinámica existencial a partir de una reflexión coetánea sobre ambos destinos tanto en “El hombre a la defensiva” como en *La rebelión de las masas*.

Ahora bien conviene destacar la evolución rápida de su pensamiento europeo después de la crisis de Wall Street en octubre de 1929 y de la relevancia de sus artículos concomitantes sobre Estados Unidos, en particular el primero publicado en *La Nación* de Buenos Aires “Sobre los «nuevos» Estados Unidos” el 22 de marzo de 1931. Constata que la primera nación implicada en la crisis económica es Estados Unidos y pone en tela de juicio la ejemplaridad social de esta nación. Entonces refuerza su llamada incitativa a que los argentinos vivan de “su propia sustancia en todos los órdenes: económico, político, intelectual”¹⁷ y procedan a su reforma moral. Es una manera de dar a entender que no basta el

¹⁶ II, 750.

¹⁷ IV, 304.

progreso técnico y sus consecutivos mejoramientos para perpetuar el equilibrio social de una nación. De ahí su descripción explicativa de un fenómeno social poco estudiado a su modo de ver: el hombre colonial. De su desconocimiento procede el error de apreciación de los “viejos europeos” acerca de América.

Su análisis del hombre colonial propone una génesis espiritual de la existencia colonial que interesa tanto al norteamericano como al argentino y al europeo. Describe la llegada de aquel pionero a un espacio geográfico desconocido y casi despoblado que poco a poco va conquistando y forjando un nuevo concepto de pueblo. Con su bagaje técnico y en tierra vacía e inexplorada se transforma rápidamente y rejuvenece al enfrentarse con situaciones desconocidas. Esto le da un sentimiento de prepotencia, de petulancia y al mismo tiempo tira de él hacia lo primitivo debido a los problemas creados por el nuevo medio vital en que cae –la selva, el campo “virgen”, la soledad–, simplifica su ser, atrofia los refinamientos del mundo de donde procede. De ahí la duplicidad del hombre colonial que se aprovecha de sus conocimientos técnicos y sociales modernos y se vale de una intimidad primitiva. Esta duplicidad es la que ha producido la “ilusión óptica en que ahora ha caído Europa al juzgar a los Estados Unidos”¹⁸.

El europeo contemporáneo no ha sabido percibir el anacronismo psicológico del americano cuyo comportamiento es una mezcla de primitivismo y petulancia de hombre civilizado que convive con la modernidad. Además, contrariamente a la vida autóctona, la de los europeos por ejemplo, la vida colonial vive la “prehistoria de sí misma” por eso el hombre colonial tiene vacío interior, inmadurez de lo íntimo. Todos estos rasgos también interesan a los argentinos que empiezan a padecer las consecuencias económicas y políticas de la crisis y toman conciencia de los límites de su ilusión nacional.

Así es como el pensamiento orteguiano se orienta hacia una complementariedad de los quehaceres argentinos y europeos en este momento de la crisis europea. Por un lado está elaborando una nueva interpretación de la existencia colonial para entender las causas de la pérdida de la vitalidad primigenia europea y “encontrarse en una encrucijada de posibles trayectorias vitales”, y por otro se percata de la irreversibilidad del tiempo tanto para los pueblos americanos que empiezan a entrar en la historia, es decir, comienzan a padecer “las angustias que a todo pueblo esperan más allá de la etapa primitiva”, como para Europa, ya que lo único imitable de América sería su mocedad “pero es al mismo tiempo lo que no se puede imitar” pues la historia es “vida precaria, vida bajo la presión inexorable de un destino limitado”¹⁹.

¹⁸ V, 41.

¹⁹ V, 44.

De modo que, después del *crack* de Wall Street afirma que tanto el planteamiento de la argentinidad como el del europeísmo han de liberarse del modelo norteamericano y proceder a una reforma espiritual y moral cuyo liderazgo podría ser de la incumbencia de Europa. A este respecto propone una búsqueda histórica renovada hacia un pasado que revise las principales creencias que suscitaron la convivencia colectiva. “El análisis del hombre colonial”, publicado simultáneamente en la prensa argentina y española, es altamente revelador del impacto de la experiencia argentina del filósofo sobre la evolución de su idea de Europa. De aquí en adelante ésta queda estampada por este nuevo concepto del hombre colonial, sucedáneo europeo que poco a poco va conquistando y forjando un nuevo concepto de nacionalidad que dejará sus huellas en el transcurso de la historia universal. Pero lo que al filósofo no deja de interrogarle es ese anacronismo psicológico que detecta en el americano cuyo comportamiento resulta ser una mezcla de primitivismo y petulancia de hombre civilizado que convive con la modernidad, y le confiere el “encanto de una energía liberadora que dispara fuerzas dinámicas”. Por cierto Ortega ya había iniciado esta reflexión después de la Primera Guerra Mundial cuando buscaba en las Atlántidas una nueva sustancia espiritual para recobrar la vitalidad europea primigenia. Pero al despuntar las premisas de los futuros conflictos de la Guerra Civil y de la Segunda Guerra Mundial, nace progresivamente en él un sentimiento de inseguridad que explicita en sus escritos filosóficos entre 1932 y 1936²⁰, y experimenta cruelmente a partir de la Guerra Civil, ya que se convierte progresivamente en un viajero emigrante e inmigrante provisional en Argentina, es decir, una situación inconfortable e inestable para quien habría apostado por la fuerza salvadora del pensamiento.

En esta última estancia en Argentina su situación es paradójica: entra ya en una época avanzada de su vida y experimenta la incertidumbre de una vida precaria, no la vida autóctona de un recio europeo, sino la fragilidad de una hipotética y problemática integración en un mundo joven que “no es todavía” y cuya intimidad padece inmadurez, cuando él alcanza los límites de un ensimismamiento carente de perspectiva de futuro. Está sufriendo esa “radical desazón” del mundo occidental al que asociaba ya a Argentina en 1935²¹.

Para él, de nuevo se plantea la cuestión de la hegemonía espiritual de Europa y con ella la supervivencia de los valores del mundo occidental. Desvanecidas las perspectivas de unión europea y denunciada la gravedad de la si-

²⁰ Escritos tales como “¿Qué pasa en el mundo?” (1933), “Ensimismamiento y alteración” (1933), “Lo que más falta hace hoy” (1935).

²¹ “Lo que más falta hace hoy”, versión taquigráfica de la emisión de Radio Madrid a Buenos Aires el 29 de mayo de 1935.

tuación mundial, Ortega incluye a los americanos en la interrogativa existencial europea y los asocia a una búsqueda moral e histórica concertada.

Ensimismamiento y búsqueda histórica como salvaciones

Hay que recordar que los argentinos fueron los primeros destinatarios de un texto orteguiano fundamental, "Ensimismamiento y alteración", cuyas versiones diversas encabezan obras dedicadas a la meditación sobre las principales categorías fundacionales de la civilización occidental, entre otras *Meditación de la técnica* y *El hombre y la gente*. El ensimismamiento al cual Ortega invita a sus lectores ya desde el año 1933, es de nuevo invocado en 1939 en Buenos Aires con motivo de su curso *Seis lecciones sobre el hombre y la gente*. Inicia así su primera reflexión sobre las relaciones entre la sociedad y el individuo ampliada más tarde en Madrid en 1949, fundando su teoría sobre la necesaria interiorización del individuo frente al movimiento general de alteración producido por los desarreglos de la civilización occidental. En 1939, frente a lo que llama la universalización de los problemas humanos, entre ellos la guerra, el filósofo opina que la Argentina neutral está en mejores condiciones para dedicarse a la meditación:

No juzgo, pues, que sea ninguna extravagancia, ninguna insolencia, si al llegar a un país que, como la Argentina —y no por casualidad— goza aún de serenidad en su horizonte, pienso que la obra fértil que pueda hacer para sí misma y para los demás humanos no es contribuir a la alteración del mundo [...] sino aprovechar su afortunada situación para hacer lo que los otros no pueden ahora: ensimismarse un poco. Si ahora, allí donde es posible, no se crea un tesoro de nuevos proyectos humanos —esto es, de ideas—, poco podemos confiar en el futuro²².

El ensimismamiento preconizado tiene en cuenta la inseguridad vital en la que ha entrado el mundo para cerciorarse de que la condición del hombre es incertidumbre sustancial y que solo es segura la inseguridad. De ahí el gran error del siglo XIX tan seguro de sí mismo que creía en la necesidad forzosa del progreso. Cuando el hombre se percata de que la sustancia del ser humano es peligro su más auténtica obligación es guardar el equilibrio. Así es como Ortega hace de la Argentina el epígono del necesario nuevo ensimismamiento occidental que ha de proceder a una revisión de los conceptos que constituyen la sociedad (estado, ley, libertad, autoridad, colectividad, justicia...), y fraguar ideas claras:

²² V, 547.

Europa y América significan el ensayo de vivir sobre ideas claras. Porque ahora han faltado esas ideas claras, el europeo se siente perdido y desmoralizado²³.

Al destacar el papel fundamental desempeñado por las creencias en la cohesión social, Ortega se propone describir el mecanismo de su desaparición a lo largo de la historia europea en la prolongación de su ensayo de 1933 “En torno a Galileo”, para insistir en la desaparición de dos creencias fundamentales: la concordia y la libertad. Ambas son examinadas en una serie de artículos publicados en *La Nación* en 1940. “Del Imperio romano”, época predilecta para el filósofo y adaptada a las problemáticas argentina y europea, donde se plantean la cuestión de la legitimidad del Estado y la de la condición del ejercicio de la libertad.

Se propone destacar el paralelismo entre el presente y la época del comienzo del Imperio romano: ambos registran la pérdida de creencia sobre quién debe mandar, y esta falta de ilusión ocasiona una gran alteración de la vida social y personal que amenaza el ejercicio de la libertad y favorece un progresivo envilecimiento del individuo. Cuando se refiere al pesimismo de Cicerón sobre la pérdida de los valores de la República romana, y su incapacidad para concebir nuevos conceptos de organización colectiva, denuncia la incapacidad de las democracias liberales para enfrentarse con el fenómeno sociológico de la rebelión de las masas. Al considerar la solución de Augusto, es decir, el paso del sistema republicano al sistema imperial, en tanto que expediente para postergar las reformas internas necesarias a la organización de un Estado cuyos atributos han de tener en cuenta la ampliación territorial de Roma y el cambio de mentalidades correspondientes, denuncia la incapacidad europea para concebir una nueva organización estatal y dirimir sus divisiones, y denuncia también el arrimo de la propia Argentina a un concepto del Estado providencial y autoritario. Es una manera de recomendar a los argentinos que eviten los errores dictatoriales europeos donde la “vida humana se vuelve todo lo contrario: pura adaptación de cada existencia individual al molde férreo del Estado, un molde de que nadie es responsable y que nadie ha preferido, sino que adviene irresistible como un terremoto”²⁴. Al estar experimentando la degradación de la democracia argentina desde el golpe de Estado de Uruburu, la aparición de facciones extremistas y la multiplicación de medidas represivas estatales, Ortega no puede olvidar la propia degradación política española y la Guerra Civil consecutiva. De modo que invita a la joven nación argentina a aprender de la his-

²³ V, 549.

²⁴ VI, 117.

toria europea un paradigma revelador porque la historia de la decadencia del Imperio romano evidencia las limitaciones constitutivas iniciales del nacimiento europeo. Al determinar las razones históricas de sus propios errores de apreciación del pasado tanto los europeos como los argentinos podrán medir el verdadero sentido de la concordia y de la libertad condicionadas por la existencia de una creencia legitimadora del poder colectivo:

La vida como libertad supone la continuidad perfecta y circulatoria del existir colectivo desde el fondo de sus creencias hasta la piel, que es el Estado, y desde éste otra vez, en reflujo, hacia las entrañas de su fe²⁵.

Por cierto, en aquella época, las entrañas de la fe en un futuro colectivo son, para Ortega, más palpables en Argentina donde, a pesar de los escollos descritos en otros lugares de su obra, encuentra señales de posible retoñar en su condición de pueblo joven y de su vitalismo. Por eso sus discursos y conferencias son incitaciones a que Argentina y los demás pueblos latinoamericanos se encarguen de su propio destino y acepten su propio pasado para tener clarividencia sobre su futuro. Porque lo mismo que en 1930 había apelado a las naciones europeas a que sobrepasaran sus formas nacionales en una unidad de coexistencia supranacional, en 1940 cree en la convergencia de los pueblos americanos gracias a su pasado español, a la unidad del idioma y la presencia de un conjunto de usos comunes lo que llama lo “consabido” como unidad social que traspasa la política y los Estados: “la coincidencia progresiva en un determinado estilo de humanidad”²⁶. Es decir que Ortega traslada su europeísmo frustrado durante la Segunda Guerra Mundial a una argentinidad sublimada por el americanismo latino sinónimo de potencialidad creadora.

Conclusión

A modo de conclusión, la argentinidad y el europeísmo aparecen como íntimamente compenetrados en su pensamiento a medida que Ortega ahonda en el conocimiento de la idiosincrasia argentina y se compromete en la búsqueda de una regeneración europea cultural y unitaria.

En este tema interviene ampliamente el factor personal de su encuentro con Argentina. Omnipresente a lo largo de todas sus conferencias, constituye un incentivo determinante para sustentar su fe en el poder de la ilusión en el futuro. La juventud, el entusiasmo, el garbo y cierta forma de petulancia argentina no dejan de recordarle las virtualidades de un pasado europeo en el cual

²⁵ VI, 132.

²⁶ V, 450.

han participado los pueblos latinoamericanos. De ahí que “incluye en la conformación del tejido social argentino, junto al dilema inmigratorio, un análisis del precario equilibrio de fuerzas que marcan la decadencia y la urgente unificación de Europa”²⁷ teniendo por delante el desafío del ascenso americano.

Al estallar la crisis de Wall Street incita rotundamente al rechazo del mimetismo tanto el de Europa o el de Estados Unidos para Argentina y América latina como el de Estados Unidos o el de la Rusia soviética para Europa. Asocia la inacabada identidad que representa la argentinidad a la inacabada programación europeísta colapsada por la crisis económica, luego por la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial. Todos sus análisis convergen hacia una revisión de la herencia histórica de ambas entidades. Aboga por que Europa revise su apreciación del Imperio romano en tanto que paradigma de la convivencia europea y por que Argentina reconozca el impacto constitutivo de su pasado español en tanto que remanencia latina de la cultura europea e ingrediente del nuevo concepto sociológico que es el hombre americano. Bajo la denominación renovada del hombre colonial recopila la experiencia histórica de todos los habitantes de los países colonizados por Europa, que llegan a constituir el hombre nuevo por el cual apuesta el filósofo. Por este motivo se empeña en descifrar los hilos de la vitalidad histórica argentina como si procediese al rescate de las huellas de supervivencia europea necesarias al renacer europeo.

Al regresar a Europa, al final de la Segunda Guerra Mundial, parece dedicarse plenamente a la integración ya que se convierte en misionero de la construcción europea viajando por Europa y, sobre todo, por Alemania. Sin embargo, no deja de mantenerse atento a la evolución del continente americano. Con motivo del congreso para la Unión Latina en Río de Janeiro en 1951, escribe un discurso²⁸ en el cual aboga por la conjunción de una afinidad entre los pueblos cuya latinidad es parte constitutiva de lo que llama la unión occidental, fruto de la “articulación de dos grandes grupos de pueblos: los anglosajones y germánicos de un lado, los latinos de otro”²⁹ Así es como renueva su intuición universalista de la condición humana percibida ya en 1916 al contacto del vitalismo cosmopolita argentino, y formula una visión universalista del ámbito occidental cuyos parámetros reúnen las dos coordenadas europeas históricamente conflictivas. ●

Fecha de recepción: 05/05/2014
Fecha de aceptación: 28/07/2014

²⁷ Marta CAMPOMAR, ob. cit., p. 32.

²⁸ Ortega no acudió al congreso pero había preparado un discurso que no fue enviado. X, 359-361, y notas p. 500.

²⁹ X, 361.

■ REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CAMPOMAR, M. (2009): *Ortega en la curva histórica de la Institución Cultural Española*. Madrid: Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset.
- FONCK, Béatrice, "El reto europeo de Ortega", en José LASAGA MEDINA (ed.), *El Madrid de José Ortega y Gasset*. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales / Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006, pp. 353-365.
- MOLINUEVO, J. L. (1996): "Introducción", en José ORTEGA Y GASSET, *Meditación de nuestro tiempo. Las conferencias de Buenos Aires, 1916 y 1928*, ed. de J. L. MOLINUEVO. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España, pp. 7-32.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1996): *Meditación de nuestro tiempo. Las conferencias de Buenos Aires, 1916 y 1928*, ed. de J. L. MOLINUEVO. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.
- (2004-2010): *Obras completas*. Madrid: Taurus / Fundación José Ortega y Gasset.